

CARLSH0



LA AUGUSTA SEÑORA

DOÑA MARGARITA DE BORBON

Y DE BORBON,

FALLECIÓ EN VIAREGGIO, Á LAS NUEVE DE LA MAÑANA DEL DIA 29 DE ENERO DE 1893.

R. I. P.

Los Excmos. Sres. Marqués de Cerralbo, Jefe delegado del Señor Duque de Madrid, y D. Leon Martinez Fortun, Ayo de Don Jaime de Borbon y Borbon; el Sr. D. Matías Barrio y Mier, Presidente del antiguo Reino de Leon; el Sr. D. Demetrio Gutierrez-Cañas, Presidente de la Junta Provincial de Valladolid; el Sr. D. Mauricio Muñoz, Presidente del Círculo, y la Comunion Tradicionalista,

Suplican á todos los católicos encomienden á Dios el alma de la Augusta finada, y se dignen asistir á las solemnes honras fúnebres que, por su eterno descanso, se celebrarán el día 9 del corriente, á las once de su mañana, en la Iglesia parroquial del Salvador.

El duelo se despide en el Templo.

El Excmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis, se ha dignado conceder á sus diocesanos, 80 dias de indulgencia por cada Misa, Comunion, parte de Rosario, responso, Padre nuestro y Ave Maria, ó cualquier otra oracion de las aprobadas por la Iglesia y no indulgenciada por otro título, ú otro cualquier acto piadoso que ofrecieren por el eterno descanso del alma de la Augusta finada, pidiendo á Dios nuestro Señor por la exaltacion de la santa Fé católica, conversion de los pecadores, estirpacion de las herejias, paz y concordia entre los principes cristianos y demás fines piadosos de nuestra Santa Madre la Iglesia.

BIOGRAFÍA

DE

DOÑA MARGARITA DE BORBON.

Nació la Princesa Margarita en Parma (Italia) el día 1.º de Enero de 1847, siendo sus padres los Duques soberanos de Parma, Don Carlos III y Doña Luisa María Teresa de Borbon, hermana del difunto Conde de Chambord, rey legítimo de Francia.

Muy niña era aún la Princesa Margarita cuando ya se distinguía por su sólida piedad y precoz inteligencia; mostrando un carácter tan bondadoso y afable, hasta con sus más humildes servidores, que todos se complacían en decir que era un ángel.

Pronto la desgracia hirió á su familia. La revolueión empezó á arrojar los tronos por el suelo, y Doña Margarita tuvo, en 1859, que emigrar á Suiza. "Ella, dice un historiador, cuidaba de todo. Formaban sus encantos los cuidados femeniles, y repartía las horas entre bordar y tocar el piano, y á las noches leía con avidez libros de sana educacion y moral, con que fortalecía su noble corazon."

"En Enero de 1864, llegó á Venecia la duquesa de Parma y nos visitó en seguida con su hija la Princesa Margarita y su hijo el Duque de Parma. Alfonso y yo estábamos estudiando; mi madre nos hizo bajar para que viéramos á nuestros primos que habíamos dejado cinco años antes, siendo ellos y nosotros muy pequeños. Entré en el salon, miré á Margarita, y la encontré hermosa: un pelo rúbio que parecía de oro; una tez transparente; una mirada tímida que reflejó en mi alma la suya. La miré segunda vez, y dije: Es hermosa, su alma debe ser grande, quiero que sea mia. Estaba enamorado de ella. Mis confidentes en materia de amores, fueron los mismos que lo habían sido en política; les abrí mi corazon, les conté mis nuevas angustias, mis temores; de ellos recibí buenos consejos, y en esto, como en lo demás, me dijeron: adelante. Esto escribió D. Carlos en su diario; de esta manera conoció á la que, pocos años despues, debía compartir con él la corona.

El 4 de Febrero de 1867, monseñor Falcinelli Antoniecci, Arzobispo de Atenas y Nuncio de Su Santidad en Venecia, bendijo, en nombre de Dios, la union de D. Carlos y de Doña Margarita, enlace basado en el amor de sus almas, no en cálculos especulativos como se forjan la mayoría de los matrimonios de los reyes.

Año y medio despues, el cielo bendijo esta union, concediéndoles una preciosa niña, que fué bautizada con el nombre de Blanca. El 27 de Junio de 1870, nació el Príncipe D. Jaime, cumpliéndose con tan fausto suceso, los votos ardentísimos de los padres y los de la España legitimista, que vió asegurada la sucesion masculina en la familia de su Rey.

Inicióse la guerra civil; D. Carlos presentóse en las provincias del Norte á compártir los azares de la guerra con sus valientes voluntarios, y Doña Margarita dedicóse á aliviar la suerte de los que, en ambos campos, caían heridos, empleando su vida en curar por sí misma á los muchos que llenaban la *Ville Midi*, residencia suya en Pau (Francia), y en educar admirablemente á sus pequeños hijos, á los que alimentó con su sangre, no entregándoles jamás, como es costumbre en las familias reales, á pechos mercenarios.

Ni las muchas incomodidades, ni las penalidades que lleva consigo el deber de criar á los hijos, ni la obligacion que ella se había impuesto de cicatrizar las heridas de los valientes á quienes cobijaba el techo de su hogar, pudieron hacerle desatender la inmensa satisfaccion de amamantarlos por sí misma. ¡Ejemplo digno, que dió al mundo, de amor de madre y de virtuosa señora!

A medida que tomaba incremento la guerra, se dejaba sentir la necesidad de hospitales de sangre. Los heridos, eran conducidos á los pueblos, donde se hallaban expuestos á mil peligros, y donde, muchas veces, carecían hasta de los remedios precisos para su curacion. Además, el personal facultativo era exeso y se hallaba diseminado en los batallones. En las Provincias, nadie pensaba más que en procurar caudales para la compra de armamento, cuando era casi más necesaria la adquisicion de un buen material de sanidad y el establecimiento de hospitales.

La Augusta Señora Doña Margarita de Borbon, se ocupó de llenar este vacío, y para ello, trabajando no poco, redactó las bases de una Asociacion, digno fruto de su inagotable caridad, de su magnánimo

corazon y talento nada comun; enseguida ensanchó el círculo de sus relaciones por todas las naciones de Europa, de donde recibió ofrecimientos para cuanto necesitara hacer, á fin de que no carecieran de nada sus patrocinos.

Funcionaba ya en España la Asociacion de *La Cruz Roja*, y ella se encargó de los heridos carlistas que resultaron de las acciones de Oroquieta, Udave y otras; pero esta Asociacion marcaba su predileccion por los heridos liberales, en cuyo campo fundó hospitales, viniendo de aquí, que los carlistas creyeran que los que componían aquella institucion eran todos enemigos suyos, haciéndoselo así pensar el que las juntas de pueblos y ciudades estaban significadas en este partido. A poco, sin motivo alguno fundado, se dijo que algunos de los que acompañaban á los médicos y camilleros de *La Cruz Roja* eran confidentes del enemigo, y desde entónces los carlistas no volvieron á aceptar los servicios de esta Asociacion.

Doña Margarita dió cuenta á D. Carlos de su proyecto, por si tenía á bien aprobarlo, y este Señor, con fecha 27 de Agosto de 1873, le remitió la siguiente carta:

"Mi querida Margarita: Despues de haber oido detenidamente á tu consejero, conociendo tu amor á los españoles y tus sentimientos caritativos hácia todos los que sufren, te autorizo plenamente para que, poniéndote en mi nombre á la cabeza de la direccion de ambulancias y socorros á los heridos, sin distincion, designes los que deban ayudarte para plantear tan humanitario pensamiento.

Las damas españolas han dado demasiadas pruebas del ardiente deseo que las anima de aliviar á los que sufren, para que pueda yo dudar que á la más ligera indicacion que las hagas, te secundarán con el religioso entusiasmo que las anima.

Dios bendecirá vuestra obra; los heridos y enfermos recogerán el beneficio de vuestro celo, y será un nuevo título á mi gratitud para con esas señoras, que mi cariñoso corazon te encarga de hacérselo saber, abrazándote.—CÁRLOS.—*Cuartel Real de los Arcos*."

La real junta gubernativa de Navarra cedió enseguida el magnífico y monumental convento de Santa María de Irache, para la fundacion del primer hospital de tan caritativa Asociacion, cuyo local tuvo el mismo destino en la primera guerra civil, por su gran capacidad y buenas condiciones higiénicas y topográficas.

Pronto llegó á estar montado este hospital, como no había ninguno en España, y fueron tantos los donativos que llegaron de todas partes, especialmente de Inglaterra, que al cabo de poco tiempo había en sus almacenes material para otros ocho hospitales. Como detalle, bastará decir, que llegó á haber en depósito 12.000 camisas, á pesar de que á todos los heridos se les daban tres al entrar y salir del hospital, y que en diversas ocasiones se dió á los batallones una por plaza.

Rápidamente se montaron nuevos hospitales en Lesaca, Santurce, Leiza, y en cien partes más, y á todos ellos llegó la solicitud de Doña Margarita, y en todos los detalles se descubría su asombrosa solicitud. No es de extrañar, pues, que pronto fuera esta Augusta Señora el ídolo, no solamente de los habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas, sino de los muchos soldados liberales que, abandonados por los suyos en los campos de batalla, encontraban la salud en los centros de sanidad fundados por aquella virtuosa Señora.

El día 1.º de Junio de 1874, dejó Doña Margarita su residencia de Pau, y entró en España. Pude ver la ovacion que en Estella se le hizo, y aseguro que mayor, ni más entusiasta, no es posible. Allí las autoridades no habían preparado arcos de triunfo, ni festivales, ni fuegos de artificio, ni coleccionado niños para que dieran vivas oficiales; allí no se hizo nada de esto, pero los vivas, salidos del fondo del corazon, ensordecían; el entusiasmo era delirante; los voluntarios carlistas, aquellos heróicos voluntarios que eran leones en los campos de batalla, se arrojaban á sus piés para besárselos, mientras que la alegría que experimentaban al ver á su Reina, y de la que rebosaba su corazon, les hacía saltar las lágrimas y humedecer sus curtidas mejillas; el pueblo ansiaba tanto tenerla cerca, que, rompiendo las filas de los batallones, y sin temor á ser pisado por los caballos, la cercó, no dejándola avanzar, llegando á tal punto el entusiasmo, que las explosiones de los vítores se unían unas á otras. Allí el elemento oficial no hizo nada; el pueblo lo hizo todo. De esto resultó que la entrada en España de Doña Margarita, no hizo que se malgastase ni un céntimo de lo que el pobre labrador entrega, en calidad de tributo, para atender al sostenimiento del Estado.

Y para que se comprenda que en lo dicho no hay exageracion alguna, copiamos lo que dice el historiador liberal señor Pirala: "Su

comportamiento inspiró, desde luego, generales simpatías: recibió una verdadera ovación en todas partes; apenas se ocupó más que de visitar hospitales y consolar enfermos y heridos, sin que las enfermedades contagiosas fueran un obstáculo para mostrar personalmente á los que las padecían, el interés que le inspiraban.,,

Como era natural, Doña Margarita jamás dió su parecer sobre los asuntos de la guerra, pero su sagacidad y privilegiado talento eran tan notorios, que sus consejos fueron solicitados por algunos de los personajes carlistas, y no se dió el caso de que nadie se arrepintiera de haberla consultado.

La única función oficial que tuvo lugar en Estella, fué una gran parada, y hé aquí cómo describe aquel acto el mismo historiador liberal: "En honor de Doña Margarita, que acababa de llegar á Estella, y áun cuando no se ocupaba más que en visitar hospitales y consolar enfermos y heridos, sin que excluyera á los liberales, porque todos eran españoles, ni fuera la viruela ú otra enfermedad contagiosa obstáculo á su celo generoso y caridad asidua, se efectuó el 2 de Julio (1874), una gran parada, al pié de Montejurra, en la extensa llanada inmediata al monasterio de Irache, formando unos 28 batallones de distintas provincias, siete escuadrones y tres baterías de montaña, mandando la línea el general Mendiry. A las seis de la tarde se presentaron D. Carlos y su Esposa en sendos magníficos corceles, acompañados de Dorregaray, Larramendi, Argonz, Benavides y Duque de la Roca, con sus respectivos estados mayores, y de los brigadieres Iparraquirre y Oliver. Confundidas con los acordes de las músicas las atronadoras aclamaciones de aquellos guerreros, debió mostrarse D. Carlos, y mostróse, en efecto, satisfecho y entusiasmado, como lo manifestó despues en la proclama que les dirigió, diciéndoles que en los campos de Abárzuza habían estado admirables, y excedido á las más lisonjeras esperanzas.,,

Efectivamente, el desfile de las fuerzas carlistas ante los Augustos Esposos, fué un acto conmovedor. Los voluntarios prorrumpieron en atronadores vivas; el batallón de Asturianos, en lugar de los de ordenanza, los dió entusiastas al Príncipe de Asturias, y todos levantaban en alto sus boinas, jurando morir antes que ceder en la lucha.

En los hospitales, no se hacía distincion alguna entre heridos carlistas y liberales. Así lo vió el médico del ejército republicano, señor Landa, que, comisionado por el liberal, fué á Estella para hacerse cargo de 228 heridos dejados en los campos de Abárzuza.

Hé aquí la carta que, con fecha 9 de julio de 1874, dirigió á la Duquesa de Medinaceli: "Al rayar del alba comenzamos la penosa tarea de sacar de su cama á tantos heridos y arreglar, con los colchones que llevábamos, camas en los cincuenta carros: la operación tenía que ser larguísima. Las Hermanas de la Caridad no querían que se fuera ningun herido sin que tomase el desayuno; los Padres hospitalarios de San Juan de Dios, que dirige mi amigo el Delegado general de la Orden, P. Menni, querían renovar las curas de todos. Muchos bajaban por su pié ó con su báculo; pero otros muchos necesitaban camilla, y para llevarlos, ayudaban á los pocos sanitarios que yo traía, los bagajeros y los empleados de la casa. Muchas veces contemplé conmovido el hermoso espectáculo que presentaba un herido liberal llevado en brazos de dos fornidos soldados carlistas. ¡A qué inmensidad de consideraciones se presta!

„Mientras andábamos sin descanso en esta faena, formó á la puerta del hospital un zaganete de guardia; poco despues, la llegada de un carruaje, los acordes de la marcha real y los ¡vivas! á la Reina, anunciaron la entrada de D.^a Margarita, que volvía á auxiliar á los heridos.

„Los retratos que de esta Señora circularon, son parecidos, pero no dán fácil idea de su fisonomía movible, sus facciones expresivas de bondad y dulzura, sus ojos azules, talle esbelto y maneras tan distinguidas como es natural; vestía con elegante sencillez, de negro, y dos damas de honor la acompañaban. Yendo de cama en cama, llegó á donde yo estaba, tuvo la bondad de acercarse, y con voz de timbre agradable, y en buen castellano, preguntándome si yo era Landa, me dijo que sentía mucho me llevara los heridos, pues hubiera tenido gusto en dedicarse á curarlos, porque siendo españoles, dijo, todos son de los míos.

„Respondí que pensaba dejar aquellos para quienes el transporte fuera peligroso, y que despues de haber tenido el honor de verla, los dejaba con la seguridad completa de que serían asistidos admirablemente.

„—No tanto como eso, dijo; pero sí haré todo lo posible para que nada les falte.—Manifesté mi gratitud por tal oferta, y á su vez se dignó darme las gracias por lo que yo hacía en pró de los heridos, repitiendo que todos le interesaban igualmente como españoles.

„Me incliné y continuó la visita, y un cuarto de hora despues, cuando yo activaba el descenso de los últimos heridos, volvió á encontrarme á su paso, y, con acento de afectuosa reconvención, me dijo: Pero, Landa, que no te los lleves á todos, que yo quiero algunos. Cuarenta dejo, Señora, confiados á su inagotable caridad, respondí, y salí del hospital para poner en marcha el convoy que ya el Sr. Cabello había hecho fuera, formando en la carretera, segun que los carros se llenaban.,,

Diariamente se presenciaban en aquel hospital escenas bien conmovedoras. En sus grandes patios y galerías altas, veíanse grupos compuestos de carlistas y liberales que, convalecientes de sus heridas, tomaban el sol; unos contaban las peripecias del combate en que cayeron heridos; otros alababan la valentía de sus jefes ó se burlaban del que, cobarde, huyó del peligro; otros ajustaban un partido de pelota entre un liberal cojo y un carlista manco; juntos cantaban y reían; allí no reinaba más que la amistad: ni un insulto, ni una ofensa al enemigo, amigo del alma entónces, salía de los lábios de aquellos valientes. En cuanto se escuchaban los acordes de la marcha real, cesaban todas las conversaciones, todos los juegos, y aquella masa de hombres ocupaba las ventanas y los patios, oyéndose, de una á otra punta del edificio, entusiastas vivas á la Reina, y al Angel de Caridad, nombre que, tanto los que cubrían sus cabezas con la tradicional boina, como los que lo hacían con el moderno ros, pusieron á D.^a Margarita de Borbon. Otro tanto pasaba en las salas, donde cientos de heridos la vitoreaban con todas las fuerzas de sus pulmones; D.^a Margarita las recorría, nó como suelen hacerlo los reyes que solo buscan un aplauso ó unas cuantas frases halagüeñas en los diarios, nó; la Augusta Señora curaba por su mano á cada uno de los heridos, consolaba con dulcísimas palabras al tifoideo, daba alimento al repugnante varioloso que, más que hombre, parecía una masa en plena putrefacción; y más de una vez ví que al retirarse de la cabecera de un agonizante, secaba éste, con el revés de su callosa y noble mano, una lágrima, única expresión que le cabía manifestar del agradecimiento que inundaba su corazón.

„Llegó el 8 de Julio, día en que tenía que salir de Estella Doña Margarita, y los enfermos y heridos le hicieron una despedida que no puede describirse. Aquellos hombres serenos ante la muerte, y cuyas tostadas megillas hacía ya largos años que no habían sido surcadas por una lágrima; aquellos soldados á quienes no conmovía el grito de angustia del compañero herido, ni el espantado rostro del enemigo al sentir en sus carnes la punzante bayoneta, besaban conmovidos, y con los ojos llenos de lágrimas, la mano de su Reina y bienhechora; carlistas y republicanos la vitoreaban: todos la bendecían, como se bendice á quien ha curado nuestras heridas, ha restañado nuestra sangre, y no ha habido operación ni trance apurado en que no nos haya consolado. No era extraño, pues, que cuando ya el carruaje que la conducía había atravesado la puerta principal, sonara aún en las salas el grito dado á la vez por carlistas y liberales de ¡viva la Reina! ¡viva el Angel de la Caridad!

„Bien la conoció aquel insigne tradicionalista, nunca bastante llorado, que se llamó D. Antonio Aparisi y Guijarro! Por eso en sus escritos se leen las siguientes palabras: "Doña Margarita de Borbon es un encanto. La he contemplado junto á la cuna de su hija, ocupada en domésticas labores como Isabel la Católica. En aquella cuna y en su marido tiene todo su mundo. ¡Qué sencilla en su trato! ¡Cuán buena para los pobres! ¡Qué Hermana de Caridad para los enfermos! Bien lo supo el anciano Arévalo poco antes de morir, y la bendijo... Cuando habla esa mujer, se le vé el corazón, y nada hay más hermoso en el mundo: cuando habla, no quisiéramos que acabase de hablar; porque hay en esa mujer una cosa rara, muy rara... y es que tiene un ingenio peregrino, pero ella no lo sabe. ¡Dichoso el hombre que la llama su esposa! ¡Dichoso el pueblo que la saluda su Reina!.,,

JOAQUIN LLORENS.